

que sean civiles que militares. Es preciso que se slentan continuamente en peligro, siempre a merced suya. Stalin manda deportar a la mujer de Molotov y a los dos hijos de Mikoyan. El mismo lanzará, para asustar a Vorochilov, el falso rumor según el cual ciertas informaciones revelan la existencia de lazos secretos del mariscal con los agentes británicos. Y celoso de Yukov, convertido en "vedette" tras la ocupación de Berlín, Stalin le confina en Odessa, mientras que ordena que se borre su nombre de los relatos del final de la guerra. La película realizada en torno a la caída de Berlín atribuye a Stalin la dirección, hora a hora, de las operaciones. Stalin dirigió la guerra desde el Kremlin: Yukov no aparece una sola vez en pantalla. Hacia finales de 1952, los médicos, unánimes, aconsejan a Stalin un riguroso descanso. "Mira, le dice a Beria, ¡quieran apartarme!". Será el proceso de las "batas blancas".

Stalin tuvo por su hija lo que ella llama "una fogosa ternura". "Cuando yo estaba en la escuela —cuenta Svetlana—, mi padre se preocupaba siempre de mis notas; durante la guerra, él mismo firmaba mi cartilla escolar". Cuando la visita de Churchill a Moscú, en agosto de 1942, Stalin le presentó al inglés a aquella hermosa muchacha de dieciséis años; Stalin le acariciaba los cabellos: "Mi pelirroja...". Churchill se inclina y señala, sonriente, con el cigarro su propia calva: "Yo también, hace tiempo...". En mayo de 1950, Svetlana da a luz en una clínica de Moscú. Allí coincide con la hija de Molotov, a la que su padre viene a abrazar. Stalin, por el contrario, no acude. Svetlana le escribe entonces una carta torrencial, "desesperada". La respuesta llega inmediata, cariñosa: "¿Quién te ha dicho que yo te había abandonado? Un poco de paciencia... Besos para mi Svetochka. Tu papá, Stalin". (10 de mayo de 1950.) Y al año siguiente se la lleva quince días al Cáucaso.

En los últimos tiempos ya no podía soportar a esa cohorte de oficiales obsequiosos que velaban, en Kuntsevo, por su seguridad. Los insulta. Expulsa incluso al gran Vlassik, general de su guardia personal, cuyo comportamiento adulador le asquea. Con los sirvientes es otro hombre. Testimonio de Svetlana: "En la vida diaria no era ni altivo, ni caprichoso, sino sencillo y amable". Respetuoso de los demás, como para no creerlo. El "personal" le quería de verdad. Svetlana los vio a todos: cocineros, chóferes, jardineros, sirvientes, cuando acudieron, a petición propia, a dar su adiós al cadáver del "amo": "Enjugaban sus lágrimas con los pañuelos, las mangas de sus blusas, con las

manos". Valechka se arrodilló entre sollozos y colocó su cabeza sobre el pecho del muerto. Anna Antichka, tía de Svetlana, pasó, por culpa de Stalin, diez años entre rejas. En 1963, viajó, destrozada, le comentó a propósito del desaparecido: hace ya diez años que no está con ellos: "Exageran... Le culpan de todo; tenía dificultades, su vida no era fácil... Y él también conoció la cárcel, la deportación. No se pueden olvidar sus méritos...".

¡Ah!, no, claro que no, dice su hija, "él no se tomaba a sí mismo por un dios". Yo diría incluso que sentía cierto disgusto hacia su propia persona, que se aceptaba con sus bajezas, y que encontraba incluso un lóbrego placer en acentuarlas. Había leído más que Lenin (Hugo, Balzac). Y Lenin le había reprochado el que no hubiese concedido importancia a su libro de 1909, "Materialismo y empirio-criticismo", contra Bogdanov, Lunacharski y otros "desviacionistas". Stalin se había encogido de hombros: "Una tempestad en un vaso de agua". Pero Dostoyevski le interesa, mientras que a Lenin su lectura impaciente e incluso aburre a Lenin. En presencia de un Djilas sorprendido, en el invierno de 1944-1945, Stalin habla precisamente de Dostoyevski y lo hace con palabras que un Lenin no hubiera pronunciado: "¿Qué cosa más compleja es el alma humana?". ¿Por qué en los últimos meses de su vida fijó en las paredes de su madriguera ilustraciones de niños recortadas de semanarios ilustrados: un niño esquiador, unos muchachitos bajo un cerezo en flor, una niña dando el biberón a un corderito? Marzo de 1953: minutos finales. Le han encontrado tendido en el suelo, sobre una alfombra, desde no se sabía cuántas horas, víctima de un ataque, con el rostro amoratado, inconsciente. Le pusieron sobre un diván. Varios médicos acudieron de inmediato. Hicieron todo lo posible. Stalin abrió los ojos un instante; una enfermera le hizo beber unos sorbos de agua con una cucharilla. Afásico, señala con la barbilla, con un rictus, hacia la imagen en color que representaba a la niña con el corderito, a cuyo pie le habían tendido. De pronto, sus labios coloran un tinte negrizo. Se ahoga. Barre a los presentes con una mirada que Svetlana califica de "irracional, furiosa". Luego tuvo un gesto, un esbozo de gesto "terrible que no se sabe cómo interpretar". Levanta un brazo a media altura, como si quisiera golpear a alguien o como si fuera a lanzar una maldición. La mano se desploma.

Se acabó. Aquel corazón oscuro había dejado de latir. ■ H. G.

© "Le Nouvel Observateur".

Las mafanzas de Buenos Aires

MARTINEZ de Hoz, dictador de la economía argentina, es un ministro con suerte. Desde hace meses se viene anunciando su caída: todos están de acuerdo en que se propasa. Pero ahí sigue, inamovible. ¿Qué es tiene en su mano? Basta que llame a la puerta de un gran Banco americano, francés o alemán, para que se abran todas las cajas fuertes. No se le puede negar nada a un hombre que soluciona de modo tan expeditivo los problemas sociales.

Así es como Rodolfo Walsh, periodista argentino, explicó los métodos utilizados por el ministro y los suyos: "Han reducido el salario real de los trabajadores en un 40 por 100; han mermado en un 30 por 100 la participación de los trabajadores en la renta nacional; han elevado de seis a ocho horas la duración del trabajo necesario para que un obrero pueda satisfacer sus necesidades esenciales, resucitando así ciertas modalidades de trabajos forzados que han dejado de practicar hasta en los últimos reductos coloniales". Esta aventura ha dejado millares de muertes, y cada día arroja una nueva cifra de cuerpos despedazados por la tortura. "Han alcanzado el grado de la tortura absoluta, intemporal, metafísica, en la medida en que se ha perdido el fin inicial —obtener informaciones por la fuerza—, para dar paso a la voluntad delirante de triturar la substancia humana, hasta hacerle perder su dignidad". Walsh escribió estas líneas en una carta abierta a la Junta, seguramente con la esperanza de que las advertencias de Jimmy Carter frenase la furia torturadora de los militares de Buenos Aires. Walsh, como decenas de colegas suyos, desapareció sin dejar rastro. Y la máquina infernal sigue funcionando.

Marek Halter, escritor francés que ha vivido en Buenos Aires, cuenta cómo centenares de hombres y mujeres hacen cola noche y día ante el Ministerio del Interior de la capital argentina: buscan a sus hijos desaparecidos. "Quieren saber si no están entre los cinco mil cadáveres que aparecen en los descampados y errabales de las ciudades".

Sólo el general Suárez Masón, comandante del primer cuerpo de Ejército, puede dar la necesaria autorización para visitar los depósitos de cadáveres. Y se limita a dar tres o cuatro al día. "Mi familia, escribe Marek Halter, no ha tenido que esperar demasiado: los cuerpos de mi prima Anna María y de su marido, Mario Isoca, acaban de depositarse frente al domicilio de sus padres".

¿Qué hacer contra tantos horrores? En un llamamiento publicado por el periódico "Libération", Marek Halter propone una acción simbólica: boicotear la Copa del Mundo de Fútbol, que debe celebrarse el año próximo en Buenos Aires. En apoyo de su llamamiento, un breve recuerdo histórico: "En 1936, nuestros padres no pudieron impedir a los deportistas acudir a los Juegos Olímpicos de Berlín y hacer el saludo nazi ante un Hitler embobado. Dos años después, asistían, impotentes, a la noche de cristal". ■ (Copyright: "Le Nouvel Observateur".)



Martínez de Hoz: sus métodos expeditivos le abren las puertas de los Bancos de Occidente.